

## Francisco Pacheco

### *Arte de la pintura* (1649)

*Para tratar del fin de la pintura (como habemos propuesto) es necesario valernos de una división usada de los doctores, que sirve a la claridad deste intento; dicen que uno es el fin de la obra y otro el del operante. Y, siguiendo esta doctrina, digo que uno es el del pintor y otro el de la pintura. El fin del pintor, como solo artífice, será con el medio de su arte ganar hacienda, fama o crédito, hacer a otro placer o servicio, o labrar por su pasatiempo, o por otros respetos semejantes. El fin de la pintura (en comun) será, mediante la imitación, representar la cosa que pretende con la valentía y propiedad posible, que de algunos es llamada la alma de la pintura, porque la hace que parezca viva; de manera que la hermosura y variedad de colores y otros ornatos son cosas accesorias. De donde dixo Aristóteles que de dos pinturas, una adornada de belleza de colorido y no muy semejante, y otra formada de líneas simples, pero muy parecida a la verdad, aquélla será inferior y ésta aventajada; porque aquélla contiene los accidentes y ésta abraza el fundamento y la sustancia, que consiste en representar y exprimir, mediante el buen debuxo, con perfección lo que se quiere imitar. Pero considerando el fin del pintor como de artífice cristiano (que es con quien hablamos), pueden tener dos objetos o fines: el uno principal y el otro secundario o consecuente. Este, menos importante, será exercitar su arte por la ganancia y opinión o por otros respetos (que ya dixé arriba), pero regulados con las debidas circunstancias de la persona lugar, tiempo y modo; de tal manera, que por ninguna parte se le pueda argüir que exercita reprehensiblemente esta facultad, ni obra contra el supremo fin. El más principal será, por medio de el estudio y fatiga desta profesión, estando en gracia, alcanzar la bienaventuranza; porque el cristiano, criado para cosas altas, no se contenta en sus operaciones con mirar tan baxamente, atendiendo sólo al premio de los hombres y comodidad temporal, antes, levantando los ojos al cielo, se propone otre fin mucho mayor y más excelente, librado en cosas eternas [...]. (I, S. 212 f.)*

*Y si del fin de la pintura (considerada sólo como arte) decíamos que es asemejarse a la cosa que pretende imitar con propiedad, ahora añadimos que, exercitándose como obra de varón cristiano, adquiere otra más noble forma, y por ella pasa al órden supremo de las virtudes. Y este privilegio nace de la grandeza de la ley de Dios: por cuyo medio todas las acciones (que por otro serían tenidas por viles) hechas con deliberación y enderezadas al fin eterno, se acrecientan y adornan de merecimientos de virtud. Y no por esto se destruye o contradice el fin de la arte sola, antes se ensalza y engrandece y recibe nueva perfección. Así que, hablando a nuestro propósito, la pintura, que tenía por fin solo el parecerse a lo imitado, ahora, como acto de virtud, toma nueva y rica sobreveste; y demás de asemejarse, se levanta a un fin supremo, mirando a la eterna gloria; y procurando apartar los hombres de los vicios, los induce al verdadero culto de Dios Nuestro Señor. (I, S. 214 f.)*

*Y así no es maravilla que la ley cristiana, valiéndose del mismo medio (pero con fin divino y sacrosanto) haya admitido el uso de las sagradas imágenes, para honrar al verdadero Dios en sus santos y, con este medio, estender más su infinito poder, misericordia, justicia y sabiduría, y difundir por todos los confines de la tierra la gloria y majestad de su nombre.*

*Decimos también que sirven a nosotros mismos, porque pretendiendo nuestro señor Dios ser adorado de cada uno con alma y cuerpo, ayudan las imágenes, como cosa del culto exterior, a protestar la reverencia que tenemos en nuestro afecto interior, dedicándola a Dios, como oblación y especie de sacrificio; con lo cual damos testimonio de las obligaciones que le tenemos de sujeción, obediencia y esperanza eterna; y el no medido gozo que vive en nosotros de ver a su Divina Majestad representada por la pintura, delante de nuestros ojos a todas horas, como a padre y señor nuestro.*

*1. Ayudan, otrosí, maravillosamente a la utilidad y edificación del próximo; porque si queremos mirar las tres suertes de bienes tratadas de los sabios: lo deleitoso, lo útil, lo honesto, los contienen todos universalmente; pues los conseguimos por medio de las imágenes santas. Viéndose por experiencia que cuanto a deleitar, ninguna cosa, comunmente hablando, agrada así nuestros ojos, dándoles recreación suavisima, cuanto las cosas de pintura acabadas con perfección, como se ha dicho y parece de este insigne lugar del Petrarca: »El deleite que causa una tabla bien pintada, si nos rigiéramos por razón, nos había de levantar al amor celestial, enseñándonos su origen divino. Porque ¿quién hay que apetezca el pequeño arroyo, y aborresca la fuente de donde nace?«*

*2. Quanto a lo útil, dexando las infinitas comodidades que traen las deformidades que cubren, apacentando maravillosamente los sentidos; dexando el esplendor y belleza que recibe todo lugar de su ornamento; pues no hay ninguno, por baxo o vil que sea, que adornado dellas no quede dignamente ilustrado; y dexando aparte la conservación de la antigüedad, pues muchas cosas estarían ya olvidadas sin su representación; y dexando la utilidad universal (referida) que traen al pueblo, sirviendo de libros y, finalmente, dexando otras muchas cosas, pasaremos a los bienes honestos.*

*3. No se puede cabalmente declarar el fruto que de las imágenes se recibe: amaestrando el entendimiento, moviendo la voluntad, refrescando la memoria de las cosas divinas; produciendo juntamente en nuestros ánimos los mayores y más eficaces efectos que se pueden sentir de alguna cosa en el mundo; representándose a nuestros ojos y, a la par, imprimiendo en nuestro corazón actos heroicos y magnánimos, ora de paciencia, ora de justicia, ora de castidad, mansedumbre, misericordia y desprecio del mundo. De tal manera que, en un instante, causa en nosotros deseo de la virtud, aborrecimiento del vicio, que son los caminos principales que conducen a la bienaventuranza.*

*Además de lo que se ha dicho, hay otro efecto derivado de las cristianas pinturas, importantísimo, tocante al fin del pintor católico; el cual, a guisa del orador, se*

*encamina a persuadir al pueblo, y llevarlo, por medio de la pintura, a abrazar alguna cosa conveniente a la religión. Pues para mayor claridad, segun han escrito los doctos del' arte oratoria, se ha de hacer diferencia entre el oficio y el fin de un orador. Llamo oficio todos aquellos medios que se obran para conseguir el fin; y fin, aquello que es su principal y último intento. Y así como el oficio del orador es hablar convenientemente y a propósito, así el fin será el persuadir lo que pretende. El cual fin no está en su mano, si bien lo están los medios proporcionados a este fin. Como ni el médico es poderoso a sanar el enfermo, que es el fin de la medicina, aunque lo sera para curarle científicamente; así el pintor, cuanto a la parte en que conviene con el orador, tendrá obligación a formar la pintura de suerte que consiga el fin que se pretende con las sagradas imágenes; aunque el efecto falte algunas veces. Vean los pintores deste tiempo a lo que están obligados; mas, ¿cuántos son capaces de entender estos mis documentos? ¡oh lástima sin esperanza de reparo! Este fin, si bien es uno siempre en persuadir serálo segun los varios sugetos que les vienen a las manos: a exemplo del orador que, teniendo obligación de persuadir al auditorio, y traerlo a su opinión, esta persuasión, empero, será encaminada ora a la guerra, ora a la paz, o al castigar, o al absolver, o premiar, o cosas semejantes; por lo cual el fin del pintor respeto desto podrá ser vario, según la diversidad de las cosas que representa. Mas, hablando de las imágenes cristianas, digo que, el fin principal será persuadir los hombres a la piedad y llevarlos a Dios; porque siendo las imágenes cosa tocante a la religión, y conveniendo a esta virtud que se rinda a Dios el debido culto, se sigue que el oficio de ellas sea mover los hombres a su obediencia y sujeción. Si bien pueden con ésto concurrir otros fines particulares; como son inducir los hombres a penitencia, a padecer son alegría, a la caridad, o al desprecio del mundo, o a otras virtudes, que son todos medios para unir los hombres con Dios, que es el fin altísimo que se pretende con la pintura de las sagradas imágenes, de qué, a mi ver, se ha hablado bastantemente.*

*Ahora convendrá decir algo de su fruto, y de la estima y aprecio que dellas hace la Iglesia católica: con autoridad de la Escritura, de los concilios y santos.*

*La parte no sólo propia pero más principal a que se encamina la pintura, es a mover el ánimo de quien la mira; y tanto mayor alabanza le da, cuanto más noble es el efecto. (I, S. 215 ff.)*

Francisco Pacheco: *Arte de la pintura* (hrsg. v. F. J. Sánchez Cantón), Madrid 1956, 2 Bde.

## Francisco Pacheco

### *Die Kunst der Malerei (1649)*

*Wenn wir über das Ziel der Malerei sprechen wollen (wie wir vorgeschlagen haben), ist es nötig, auf eine Unterscheidung zurückzugreifen, die von den Kirchenlehrern gemacht wurde und die der Verdeutlichung unseres Vorhabens dient: Sie sagten, ein Ziel sei das Ziel des Werkes und ein anderes das des Ausführenden. Und ich sage nun, indem ich dieser Doktrin folge, ein Ziel ist das des Malers und ein anderes das der Malerei. Das Ziel des Malers, nur als Künstler betrachtet, ist es, mit Hilfe der Kunst seinen Unterhalt zu verdienen, zu Ruhm und Ehren zu gelangen, anderen Freude zu bereiten, in jemandes Diensten zu stehen oder zu seinem eigenen Zeitvertreib oder aus anderen ähnlichen Gründen schöpferisch tätig zu sein. Das Ziel der Malerei (ganz allgemein betrachtet) ist es, einen Gegenstand darzustellen, indem sie ihn mit größtmöglicher Vollendung und Meisterschaft nachzuahmen sucht, was einige als die Seele der Malerei bezeichnen haben, weil dadurch bewirkt wird, daß der dargestellte Gegenstand lebendig erscheint; so gesehen sind die Schönheit und die Vielfalt der Farben und anderer Zierat nur nebensächliche Dinge. Deshalb sagte schon Aristoteles, daß von zwei Gemälden, von denen das eine in schönen Farben schwelgt, aber wenig Ähnlichkeit aufweist, und das andere mit einfachen Linien gemalt ist, aber der Wahrheit sehr nahe kommt, das eine minderwertig und das andere vorzüglich sei, da jenes nur Akzidentien zum Inhalt habe, während dieses das Fundament und die Substanz einschließe, die darin bestehe, das, was nachgeahmt werden soll, mittels einer guten Zeichnung vollendet darzustellen und auszudrücken. Aber wenn wir es als das eigentliche Ziel eines Malers betrachten, ein christlicher Künstler zu sein (und von diesem sprechen wir hier), so muß er stets zwei Ziele oder Absichten verfolgen: Das eine ist sein hauptsächliches Ziel, das andere ein zweitrangiges oder sich daraus ergebendes Ziel. Dieses weniger wichtige Ziel ist es, seine Kunst auszuüben, um seinen Lebensunterhalt zu verdienen oder zu Ruhm zu gelangen oder aus anderen Gründen (die ich schon weiter oben anführte), aber immer kontrolliert durch die gebührenden Umstände der Person, des Ortes, der Zeit und der Lebensart, so daß man ihm von keiner Seite vorwerfen kann, er übe seine Kunst in verwerflicher Weise aus oder verstoße gegen das höchste Ziel. Sein hauptsächliches Ziel aber ist es, durch das Studium und die Mühen dieses Berufes, im Stande der Gnade, die ewige Seligkeit zu erlangen; denn ein Christ, geschaffen um Hohes zu vollbringen, wird sich bei seinem Tun nicht damit zufrieden geben, nur auf die niederen Dinge zu schauen und nur dem Ruhme des Menschen und dem irdischen Glück zu dienen, sondern er wird, die Augen gen Himmel gerichtet, ein viel höheres und erhabeneres Ziel verfolgen, das in den ewigen Dingen begründet ist [...].*

*Und wenn wir sagten, daß es das Ziel der Malerei (nur als Kunst betrachtet) sei, dem*

*Gegenstand, den sie mit Meisterschaft nachzuahmen sucht, ähnlich zu sein, fügen wir nun hinzu, daß sie, wenn sie das Werk eines christlichen Künstlers ist, eine andere, edlere Gestalt annimmt, durch die sie zur höchsten Rangstufe der Tugenden aufsteigt. Dieses Privileg erwächst aus der Erhabenheit der Göttlichen Gesetze: Durch sie werden alle Handlungen (die sonst als niedrig erachtet würden), wenn sie mit Überlegung ausgeführt und auf das ewige Ziel gerichtet sind, erhöht und mit den Verdiensten der Tugend geziert. Dadurch wird das Ziel der Kunst als solcher weder zerstört noch in Frage gestellt, es gewinnt vielmehr an Wertschätzung und Größe und erhält eine neue Vollkommenheit. So bekommt also, in unserem Sinne gesprochen, die Malerei, die allein das Ziel hatte, dem Nachgeahmten ähnlich zu sein, nunmehr, als ein Akt der Tugend, ein neues und prächtiges Gewand; denn neben der Ähnlichkeit verfolgt sie jetzt ein höheres Ziel, indem sie den Blick auf den ewigen Ruhm richtet; und indem sie versucht, die Menschen von ihren Lastern abzubringen, führt sie sie zur wahren Anbetung Gottes des Allmächtigen Vaters hin.*

*Und so nimmt es nicht wunder, daß die christlichen Gesetze, die sich desselben Mittels (aber mit einem göttlichen und heiligen Ziel) bedienen, den Gebrauch von religiösen Bildern zugelassen haben, um den wahren Gott in seinen Heiligen zu ehren und dadurch seine unendliche Macht, Barmherzigkeit, Gerechtigkeit und Weisheit zu verkünden und über alle Grenzen der Erde hinweg den Ruhm und die Majestät seines Namens zu verbreiten.*

*Wir sagten ebenfalls, daß sie auch für uns selbst von Nutzen sind, weil, da Gott der Herr von uns allen mit Körper und Seele angebetet werden will, sie uns als Gegenstände der äußeren Verehrung helfen, ihm die Ehrerbietung zu erweisen, die wir in unserem Inneren hegen, und sie ihm als eine Spende, als eine Art Opfergabe darzubringen und damit ein Zeugnis abzulegen für unsere Verpflichtung ihm gegenüber zur Unterwerfung, zum Gehorsam und zur ewigen Hoffnung. Und nicht zuletzt die unendliche Freude, die in uns ist, Gott in seiner Majestät auf einem Gemälde dargestellt zu sehen und ihn allezeit vor Augen zu haben als unseren Vater und unseren Herrn.*

*1. Sie tragen ferner in wunderbarer Weise zum Nutzen und zur Erbauung unseres Nächsten bei, denn wenn wir auf die drei Güter schauen wollen, die von den Weisen das Ergötzliche, das Nützliche, und das Wahre genannt worden sind, so sind sie in ihnen allumfassend enthalten; wir erlangen sie also über die christlichen Bilder. Was das Ergötzliche betrifft, so wissen wir aus Erfahrung, daß kein Ding, ganz allgemein gesprochen, unsere Augen so sehr erfreut, ihnen süßeste Zerstreuung gewährt, wie die Dinge der Malerei, die mit Vollendung gemalt worden sind, so wie es auch schon bei Petrarca in seiner berühmten Stelle geschrieben steht: »Das Ergötzen, das ein gut gemaltes Bild in uns bewirkt, wird uns, wenn wir uns von der Vernunft leiten lassen, zur himmlischen Liebe hinführen, weil es uns seinen göttlichen*

Ursprung aufzeigt. Denn wer könnte sich an einem Bächlein erfreuen und gleichzeitig die Quelle verabscheuen, aus der es entspringt?«

2. Was das Nützliche angeht, so lassen wir die unzähligen Annehmlichkeiten beiseite, die sie bringen, die Verformungen, die sie überdecken und somit die Sinne in wunderbarer Weise erfreuen; lassen wir den Glanz und die Schönheit beiseite, die jeder Ort durch ihren Schmuck erhält, denn es gibt keinen Ort, so niedrig und elend er auch sein mag, der durch sie nicht eine würdevolle Ausstattung erhielte; lassen wir die Bewahrung des Altertums beiseite, denn viele Dinge wären, hätte man sie nicht abgebildet, längst vergessen; lassen wir die universelle Nützlichkeit für das Volk beiseite, dem sie als Bücher dienen; lassen wir alle die anderen Dinge beiseite, um uns endlich den wahren Gütern zuzuwenden.

3. Es ist müßig, all den Gewinn, den uns die Bilder bringen, aufzuzählen: Sie schärfen unseren Verstand, sie stärken unseren Willen, sie frisken unser Gedächtnis für die göttlichen Dinge auf; sie bewirken, alles in allem, in unseren Seelen die edelsten und stärksten Gefühle, die man für die Dinge dieser Welt haben kann, indem sie uns die heldenhaften und großmütigen Taten, sei es der Geduld, sei es der Keuschheit, der Sanftmut, der Barmherzigkeit, der Verachtung der Welt vor Augen führen und sie gleichzeitig in unsere Herzen einprägen, so daß sie in uns, in einem einzigen Augenblick, den Wunsch nach Tugend und den Wunsch nach Verabscheuung des Lasters entstehen lassen, den beiden wichtigen Wegen, um die ewige Seligkeit zu erlangen. Außer dem bereits Gesagten gibt es eine weitere Wirkung, die von den christlichen Gemälden ausgeht, eine Wirkung, die von äußerster Wichtigkeit ist und mit dem Ziel des katholischen Malers zu tun hat, der sich wie ein Prediger auf den Weg macht, um das Volk zu überzeugen und es, mittels der Malerei, dahin zu bringen, sich einer Sache zuzuwenden, die der Religion dienlich ist. Dabei muß, um der größeren Klarheit willen, zwischen dem Handwerk und dem Ziel eines Redners unterschieden werden, so wie es auch die Gelehrten der Rhetorik beschrieben haben. Ich nenne Handwerk alle jenen Mittel, die ein Redner benützt, um das Ziel zu erreichen, und das Ziel, was seine hauptsächliche und letzte Absicht ist. Und so wie es das Handwerk des Redners ist, wirkungsvoll und im Sinne der Sache zu sprechen, so ist es sein Ziel, seine Zuhörer von dem, was er anstrebt, zu überzeugen. Ob er dieses Ziel erreicht, liegt nicht in seiner Hand, wohl aber besitzt er die Mittel, die dazu dienen, dieses Ziel zu erreichen. So wie ein Arzt nicht die Macht besitzt, einen Kranken zu heilen, was ja das eigentliche Ziel der Medizin ist, aber trotzdem fähig ist, ihn wissenschaftlich zu behandeln, so hat ein Maler, was den Bereich angeht, den er mit einem Redner gemein hat, die Verpflichtung, die Malerei so zu gestalten, daß er das Ziel erreicht, das mit den christlichen Bildern angestrebt wird, selbst wenn die gewünschte Wirkung manchmal ausbleiben sollte. Ach, könnten doch die Maler unserer heutigen Zeit erkennen, wozu sie verpflichtet sind! Aber wieviele unter ihnen sind überhaupt fähig, diese meine Ausführung zu verstehen? Oh, was für ein jammervoller Zustand,

*ohne die geringste Hoffnung auf Besserung! Dieses Ziel, wiewgleich es immer darin besteht zu überzeugen, wird jedoch von den Themen abhängen, die sie zu bearbeiten haben: So wie ein Redner die Verpflichtung hat, die Zuhörer zu überzeugen und sie zu seiner Meinung hinzuführen, einmal für den Krieg eintreten wird, ein andermal für den Frieden oder die Strafe oder die Begnadigung oder die Belohnung oder Ähnliches, so kann auch das Ziel des Malers unterschiedlich sein und von der Verschiedenartigkeit der Dinge abhängen, die er darstellt. Aber wenn wir von den christlichen Bildern sprechen, muß es, nach meiner Auffassung, immer das Wichtigste sein, die Menschen zur Frömmigkeit zu überzeugen und sie zu Gott hinzuführen; denn, da die Bilder die Religion zum Thema haben und da die Aufgabe dieser Tugend darin besteht, Gott die ihm gemäße Verehrung zuteil werden zu lassen, muß die Aufgabe der Bilder darin bestehen, die Menschen zum Gehorsam und zur Unterwerfung zu bewegen. Dennoch können damit auch andere Ziele einhergehen, wie zum Beispiel, die Menschen zur Buße zu bewegen, zum freudigen Erleiden, zur Wohltätigkeit, zur Verachtung der irdischen Dinge oder zu anderen Tugenden, die alle Mittel sind, um die Menschen mit Gott zu vereinen, dem höchsten Ziel, das mit der Malerei der religiösen Bilder erreicht werden soll und wozu, wie ich denke, nun genug gesagt worden ist.*

*Jetzt ist es an der Zeit, etwas über den Gewinn zu sagen, den die katholische Kirche aus den religiösen Bildern zieht, und über die Wertschätzung und Hochachtung, die sie ihnen, gestützt auf die Autorität der Heiligen Schrift, der Konzile und der Heiligen, bekundet.*

*Die eigentliche und zugleich wichtigste Rolle der Malerei ist, die Seele desjenigen, der sie betrachtet, zu bewegen, und umso größeres Lob gebührt ihr, je edler die Wirkung ist.*

[Übersetzung von Jutta Seeger]

## **Kommentar**

Der in Sevilla tätige spanische Maler Francisco Pacheco (1564–1654) war von seinem Onkel in einen Kreis von Dichtern und Schriftstellern eingeführt worden. Später übernahm Pacheco die Leitung dieser Gemeinschaft, die man fälschlich als eine Akademie bezeichnet hat. Die gelehrten Gespräche förderten seine theoretischen Interessen, die sich in dem bedeutendsten Kunsttraktat Spaniens, *Arte de la pintura*, niederschlugen, der 1649 in Sevilla erstmals veröffentlicht wurde.<sup>1</sup> Dieses umfangreiche Werk bezeugt Pachecos genaue Kenntnis der antiken Schriftsteller, vor allem aber der Kunstliteratur Italiens, an die er sich oft eng anlehnte. Im Zentrum seiner Kunstauffassung steht die religiöse Malerei als die höchste Aufgabe des Künstlers. Pacheco folgte den Traktaten der gegenreformatorischen Autoren und vertrat die Position von Paleotti und anderen nachtridentinischen Autoren.<sup>2</sup>

In seinem Traktat wird jedoch mit noch größerer Schärfe die Auffassung vertreten, daß der Künstler ganz in den Dienst der Kirche zu treten habe. Nur die christliche Malerei erhebe sich über die reine Naturnachahmung, denn sie habe ein höheres Ziel. Sie sei ein Akt der Tugend, da sie die Menschen vom Laster abhalten und zur wahren Verehrung Gottes leiten könne. Pacheco greift die schon bei Aristoteles als Ziele der Kunst genannten Begriffe *deleitoso*, *útil* und *honesto* auf und führt aus, daß sie alle in christlichen Bildern enthalten seien und dort in ihrer Wirkung noch übertroffen würden. Selbst malerische Ungeschicklichkeiten würden bei religiösen Darstellungen die nützliche Wirkung auf die Sinne nicht beeinträchtigen. Der Maler müsse die Lehre des Christentums in seinen Werken unmittelbar und für jeden verständlich zum Ausdruck bringen. Gerade denen, die keine Bücher lesen könnten, sollten die Bilder als lebhaftes Beispiele vorbildlichen christlichen Verhaltens vor Augen stehen.

Der, wie Pacheco sagt, katholische Maler soll die Rolle eines Predigers übernehmen, der mit Hilfe der Kunst das Volk zum Christentum bekehrt. Dieses Ziel kann er nur erreichen, wenn er sich der Mittel der Rhetorik bedient. Auch in diesem Punkt erweist der Autor seine Kenntnis der italienischen Kunstliteratur des Cinquecento. Ausführlich stellte Pacheco dar, daß der Künstler die einfache Lesbarkeit seiner Werke durch die richtige Wahl des Themas und einen konzentrierten Bildaufbau zu gewährleisten habe. Der Betrachter könne nur so von der Wahrheit der dargestellten Szene überzeugt werden.

In Pachecos Traktat finden sich ausführliche und ganz konkrete Empfehlungen einer katholischen christlichen Ikonographie, wobei die besonders in Spanien verehrte *Immaculata* hervorgehoben wird. Pachecos Traktat konnte für die spanischen Maler in solchen Passagen geradezu als thematischer Bildvorwurf genutzt werden.

Von anderen Bildgattungen ist bei Pacheco nur wenig die Rede. Sein Traktat entsprach der strengen spanischen Gegenreformation, und es ist daher nicht erstaunlich, daß der Maler und Theoretiker für die Inquisition in Sevilla das Amt eines Inspektors bei der Überwachung der Künste ausübte. Dem Historienbild wurde in Pachecos Kunsttraktat, der oft den Eindruck einer lehrhaften Anweisung vermittelt, eine entscheidende religiöse, ja, durch die enge Bindung von Staat und Kirche, politische und gesellschaftliche Aufgabe zugewiesen. Neben dieser Funktion der Malerei wurde den Künstlern nur wenig Freiraum für andere Bildgattungen gelassen.

B. G.

## Anmerkungen

- <sup>1</sup> Vgl. Julius Schlosser: *La letteratura artistica*, Florenz u. Wien 1964, S. 505, S. 619, S. 640 u. S. 643; eine englische Übersetzung dieser Textstelle findet sich in: Robert Engass u. Jonathan Brown (Hrsg.): *Italian and Spanish Art 1600–1750. Sources and Documents*, Evanston 1970, S. 180 ff.
- <sup>2</sup> Zu Pachecos *Arte de la pintura* vgl. auch Karin Hellwig: *Die Anfänge der Kunstgeschichtsschreibung in Spanien im 17. Jahrhundert*, Phil. Diss., Freie Universität Berlin 1995, S. 180 ff. (mit weiterführender Literatur).